

ÍMAC XIOM - SÈLLAV ÉVILO



LA SILLA MÁGICA

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2020

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

La silla mágica

(Pensamientos apócrifos)

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
Autopresentación de la silla mágica	11
El marciano	15
El aborigen	27
La hormiga	37
La soledad	45
El refugiado	51
El charlatán... ¿honesto?	57
Una conferencia inquietante	67
El (¿buen?) ladronzuelo	75

El juez temeroso	83
El barrendero	89
El recién nacido	97
Epílogo	103

INTRODUCCIÓN

Una silla dotada de poderes mágicos es capaz de ponernos en contacto con lo que piensan y lo que sienten una serie de personajes que van sentándose encima de ella. La ficción y la no-ficción se mezclan constantemente para provocar la reflexión del lector: «¿Opino igual que lo que estoy leyendo?». «¿Discrepo de ello?». «¿Por qué razón?». Y así, sucesivamente y de una forma indirecta, cada protagonista de un relato requiere nuestra atención y nuestro parecer mediante un auténtico ejercicio de empatía.

Los distintos capítulos de este libro no están conectados entre sí. Las páginas que siguen a continuación pueden leerse en el orden que cada cual prefiera o como un mero pasatiempo. No obstante, se tratan aspectos de la vida real suficientemente profundos para que nos sintamos involucrados e interpelados. Temas tales como la conciencia ecológica, la extinción de poblaciones indígenas, la inmigración marginada, el sentimiento de pequeñez ante Dios o la soledad actual de ciertos colectivos, por ejemplo, no deberían dejarnos nunca indiferentes.

Ojalá este pequeño esfuerzo de nuestra imaginación sirva para enriquecernos como personas y para aumentar nuestro grado de comprensión y de apoyo hacia aquellos que nos rodean y que necesitan ser ayudados.

Y, tal vez, habrá momentos en que el lector se preguntará si las historias que nos cuenta la silla mágica son ciertas o no. Quizás lo más pertinente sería comprender que, a partir de aquí, la forma del relato es pura fantasía. Pero que el fondo es absolutamente verdad. Como la vida misma.

**AUTOPRESENTACIÓN DE LA SILLA
MÁGICA**

Soy una silla de madera y metal, ya veterana, situada en un paseo público que conduce a la estación de tren de una pequeña ciudad, cuyo nombre no tiene importancia mencionar. Ante mí transita mucha gente en todas direcciones. Unos llegan y otros corren para evitar que el tren se les escape. Cada día igual, mes tras mes, año tras año, no importa si hace sol o si llueve o nieva. Esto sería realmente de una monotonía insoportable, si no fuera por un hecho que sucedió ya hace algún tiempo y que realmente lo trastocó todo.

Una tarde, ya hacia el atardecer, un hombre anciano, de aspecto sumamente fatigado, se sentó encima de mí. Según deduje más tarde se trataba de un mago surgido de quien sabe donde, el cual, desde el primer momento, me pareció que agradecía profundamente la acogida y el reposo que yo le ofrecía. Poco a poco, aquella sensación fue haciéndose más patente hasta transformarse en una verdadera transmisión telepática, por medio de la cual yo era capaz de comprender todos sus pensamientos e incluso sus sentimientos más profundos. Dicha facultad, posteriormente, no solo la he

conservado, sino que la he podido desarrollar de tal forma, que actualmente no hay detalle de mis visitantes, sean personas, animales o cosas, que se me resista y que, además, necesito y deseo compartir.

Por lo tanto, doy la bienvenida a mi primer visitante de hoy: un personaje realmente extraño, yo diría que incluso sospechoso de no ser humano. Veamos, pues, sin perder más tiempo, qué piensa y qué siente.

EL MARCIANO

Es curiosa la credulidad de tantas personas que están convencidas de la existencia de platillos volantes procedentes de otros mundos y, por consiguiente, que existe vida inteligente en otros planetas. ¡Qué me van a contar a mí, siendo como soy, yo mismo, un alienígena! A las claras: procedo de Marte, el planeta más cercano a la Tierra y el más parecido de los descubiertos hasta el momento por los terrícolas en esta galaxia.

¿Y qué se me ha perdido a mí, aquí? Pues, parece mentira que haya transcurrido tanto tiempo desde el día en que llegué a bordo de una nave espacial en misión exploratoria, con el fin de investigar más de cerca los avances tecnológicos de los humanos, los cuales, desde nuestro planeta, los marcianos observábamos no sin cierta inquietud, teniendo en cuenta el espíritu bélico que caracteriza esta raza, de pensamiento inmerso habitualmente en mil batallas y capaz de fabricar un instrumental de guerra cada vez más mortífero y con más poder destructivo.

Transcurrido algún tiempo, otra nave espacial debía venir a buscarme con el fin de volver a casa, una vez terminada la misión que me había sido encomendada, pero, llegado el momento, me negué a regresar porque durante mi estancia aquí descubrí, no sin cierta sorpresa, las virtudes y los defectos de los terrícolas. Este no era –ni es– un mundo amable ni acogedor. Sin embargo, mi mundo, aún era peor. Por lo tanto, decidí no regresar y disfrutar de aquello que la vida todavía podía ofrecerme aquí.

Sin duda alguna los humanos se asustarían si me viesen tal como realmente soy. Mi piel no es de color verde, ni poseo un solo ojo en la cara, pero a buen seguro que les daría asco. Por dicha razón, desde un principio tuve la precaución de caracterizarme convenientemente como un verdadero terrícola, al objeto de que nadie pudiese descubrir mi verdadera identidad. Además, he aprendido los principales idiomas hablados en la Tierra, con el fin de poderme comunicar de la mejor forma posible. Cada vez temo más identificarme y dar a conocer mi condición de extraterrestre, porque no tardaría mucho en ser secuestrado por los intereses inconfesables de las naciones más poderosas y ser sometido a los más crueles experimentos de laboratorio, para averiguar secretos tales como el origen de mi longevidad o el alcance de

mis conocimientos tecnológicos, sin tener en cuenta que, por encima de todo, soy un ser vivo.

Pero vayamos por partes. En el siglo XIX, concretamente en 1877 (yo ya hacía tiempo que me había instalado aquí), un astrónomo italiano llamado Giovanni Schiaparelli descubrió con el telescopio, durante una aproximación máxima entre Marte y la Tierra, la existencia de lo que le pareció una profusa red de líneas rectas, simples y dobles, que cruzaban las zonas más brillantes de Marte. Aquel astrónomo, llevado por su carácter imaginativo lo interpretó como si aquello fuera una construcción artificial e, incluso, lo «bautizó» con el nombre de *canali*. Posteriormente, el científico norteamericano Percival Lowell construyó un importante observatorio en Mars Hill, Flagstaff (Arizona), en cuyo lugar se elaboraron numerosas teorías a favor de la existencia de vida inteligente en Marte. Mucho más recientemente la NASA puso en órbita alrededor de Marte diversos satélites de reconocimiento y cartografió casi todo el planeta. No se ha podido confirmar de ninguna de las maneras que haya ni un solo canal de los que se creía que podía haber. Sencillamente, no existe ninguno. La Mariner 9, una nave espacial no tripulada, igualmente de la NASA, fue lanzada el 30 de mayo de 1971, llegando a Marte el 13 de noviembre de aquel mismo año y de esta forma se

convirtió en la primera sonda espacial que orbitó con éxito alrededor de otro planeta más allá de la Tierra, con el objetivo de explorar su superficie, así como las particularidades de la atmósfera. Transmitió más de siete mil imágenes, y mostró claramente que aquellos supuestos «canales», no eran otra cosa que las formas adoptadas por el polvo al ser arrastrado por el viento, de acuerdo con cada época estacional.

Poco tiempo más tarde, el 20 de julio de 1976, tras un viaje interplanetario de más de cien millones de kilómetros y una duración aproximada de mil días, las naves espaciales Viking I y Viking II, por primera vez en la historia de la humanidad, se posaron sobre Marte y enviaron aun más imágenes del planeta, con muy buenas condiciones de visibilidad. Recordemos que, poco antes, en 1971, la nave soviética Mars 3 también había conseguido aterrizar sobre la superficie de Marte y pudo enviar a la Tierra un fragmento de unos veinte segundos de una imagen borrosa, antes de fracasar a causa del fuerte viento que averió el paracaídas, provocando la destrucción de la nave al causar su caída violenta. En 1973 se repitió el mismo fallo con la Mars 6.

Los experimentos de química orgánica llevados a cabo por las mencionadas Viking I y Viking II no mostraron la más mínima señal de vida en la superficie del planeta.

Marte está muerto, y las fuertes emisiones de gas metano que detecta de vez en cuando en todo el terreno *Curiosity*, que una vez más la NASA consiguió enviar al planeta en 2011, no son otra cosa que residuos de vida marciana que hubo en un pasado lejano y, por lo tanto, de origen biológico. El último ingenio que la NASA ha conseguido hacer aterrizar en Marte, el 26 de noviembre de 2018 –la sonda *InSight*–, y que ha de investigar qué se esconde bajo su superficie, solo hallará signos de ruina y desolación o, como máximo, detectará pequeños movimientos sísmicos de origen tectónico.

Así pues, ¿de dónde he salido, yo? Ya hice constar desde un principio que aterricé en este planeta hace mucho tiempo, cuando Marte aun era un jardín lleno de arboledas y vegetación exuberante, con todo tipo de animales y vida por doquier. Había ríos caudalosos, lagos y mares de aguas nítidas como el cristal, y montañas con cimas nevadas más elevadas que las nubes que las rodeaban. Actualmente, tras haber convertido el paisaje en un desierto rojo de atmósfera irrespirable, la vida –tanto la marciana como la humana– ya no es posible: casi no queda oxígeno; solamente quedan pequeñas cantidades de dióxido de carbono, de nitrógeno, de argón, de vapor de agua y de ozono. Este último gas es tan escaso que la radiación ultravioleta del Sol penetra sin obstáculo alguno sobre la superficie

marciana y hace imposible la vida. Además la temperatura, al estar Marte más alejado del Sol que la Tierra, es sensiblemente más baja. Este es el planeta que los terrícolas quieren colonizar en sustitución de la Tierra, en lugar de intentar evitar la devastación del que ahora pisan. Los habitantes de este mundo no saben lo que hacen ni valoran lo que todavía les queda. Provocan el calentamiento del sistema climático a causa de la gran concentración de gases de efecto invernadero, como el dióxido de carbono, procedente del uso intensivo de combustibles fósiles en el transporte y la industria, así como la utilización indiscriminada de insecticidas y fungicidas. El aumento global de la temperatura desertiza áreas cultivables del planeta, provocando que las superficies aptas para el cultivo disminuyan a gran velocidad y los mosquitos proliferen a causa del clima más cálido. Todo ello hará que pronto suba el nivel del mar y se inunden las ciudades costeras, precisamente aquéllas que presentan un crecimiento desmesurado de la población y en las que la vida cada vez es más insalubre y peligrosa. La polución atmosférica constituye uno de los riesgos más importantes para la salud pública. El cambio climático, hoy en día, ya es prácticamente irreversible; los veranos son cada vez más insoportables y prolongados; las tormentas y las inundaciones, más graves y las sequías, más duraderas. Los glaciares se están reduciendo y los polos se

descongelan rápidamente; «devoran» literalmente el planeta, y lo hacen sin ni tan solo sentirse culpables por el hecho de perjudicar especialmente a los más pobres, ni se avergüenzan de lo que heredarán sus hijos. Si los terrícolas no reaccionan urgentemente, no tardarán en encontrarse inmersos en una cloaca de aire contaminado, suelo envenenado y aguas de ríos, lagos y mares pestilentes por los residuos de todo tipo que son lanzados constantemente, lo cual provoca que, en según qué lugares, ya haya más bolsas de plástico que peces, y que la mayoría de enfermedades como la diarrea, el tifus o el cólera, tengan su origen en la ingesta de agua no potable, mientras que según donde, la potable se malbarata. Siguen, ni más ni menos, el mismo camino que recorrimos los marcianos y que acabó en lo que hoy se puede contemplar: un planeta muerto e inhabitable. Un cementerio de color rojo. No fuimos capaces de hacer un uso responsable de la riqueza que teníamos a nuestro alcance. Provocamos fenómenos climáticos desastrosos en una espiral terrible de autodestrucción. Explotamos desconsideradamente la naturaleza, y la naturaleza se vengó de nosotros. Eliminamos para siempre cualquier rastro de nuestra especie. Ahora, aquí, la utilización sin límite alguno de los recursos del planeta está conduciendo de forma inexorable al agotamiento de las reservas naturales. El pretendido progreso de la humanidad es, en realidad, una carrera

acelerada hacia la catástrofe total. Ignoro de qué sirven las reuniones internacionales para tratar sobre la protección del medio ambiente si, posteriormente, los acuerdos que se toman se olvidan como si nada y se firman compromisos que suelen quedar en papel mojado. La vida en la Tierra podría haber sido un sueño feliz y se está convirtiendo en una pesadilla.

Yo soy, pues, el último marciano de esta galaxia, y si aún sigo vivo se debe a mi negativa de regresar a casa, seducido –en medio de la imperfección y la inconsciencia de los terrícolas– por la innegable bondad y ternura que también hallé aquí y que todavía perdura. Y, por encima de todo, ¿por qué no decirlo?, por el descubrimiento de Dios. El Dios Padre que los marcianos desconocíamos, o que quizás teníamos muy cerca y no quisimos ver; el Dios creador de este cosmos maravilloso que nos rodea; fundamento de amor de todo lo que ha sido concebido, luz que ilumina toda oscuridad y abre la puerta de la esperanza y del infinito. Y su Hijo, maestro de la plegaria, que curó a los enfermos, dignificó a los pobres y acogió y perdonó a pecadoras y pecadores, mostrando el camino de redención a todo el mundo. Y el Espíritu, que guía y acompaña siempre para poder participar en esta obra creadora hasta el fin de los tiempos.

Si algo he aprendido durante mi larga estancia aquí es que amar a la naturaleza equivale a amar a Dios y al prójimo, y que no respetar la Creación representa un grave menosprecio al Creador. Soy incapaz de predecir el futuro de este mundo. Pero el tiempo se acaba... ¿Cómo es posible que estos humanos sean tan irreflexivos y temerarios, incapaces de rectificar el ritmo desenfrenado de su estilo de vida, y que no rechacen enérgicamente a los gobiernos irresponsables que ahora soportan, tan poco comprometidos con el futuro de la vida en este planeta?

El marciano se levanta y, con paso lento, se aleja. Quien sabe adonde debe dirigirse. Pero observo que se aproxima alguien más para sentarse encima de mí. Se trata de un hombre evidentemente extranjero, de piel muy morena, más bien bajo y de facciones inequívocamente suramericanas. Veamos qué piensa (y si sus reflexiones resultan demasiado difíciles de comprender, inmediatamente a continuación figura la correspondiente traducción. Pero, para los lectores más atrevidos, es aconsejable que intenten leer el texto directamente, porque ya se sabe que, en una traducción, existe el peligro de perder la esencia y el sentido profundo del original, lo cual acostumbra a suceder).

EL ABORIGEN

So yunin diobo roroy ha bito eneles tadobra sile ñode Ma to-Gros so. Hoyes toya quípor quehesi doinvi tadoa asis tirauna conven ciónin terna cionalde ay uda alasmí noríasa bor ígenes. Nosécom oiráto dopor queme resultamu ydifí cilpen sary expres armeco moes tos «blancos» quenos visi tanamí yami comuni dadca davez conmásfre cuencia. Noobs tante, ellosno con ocenni unaso lapa labrade nu estralen gua –lalen guabo roro– y, porcon sigui ente, aúnson másig norantes queno sotros, queade más, tam biénhem osa prendi doaha blarbas tantebi enelpor tugués.

Ypues, ¿quévie nea buscares tagen teque nosdi cecosasque notie nenni piesnica beza? Sepre sentancom ose rescivi lizadosy yome pregun toquéen tiendenpor civili zación: ¿robar noslosár boles? ¿Des pojarla tier rade susbos ques? ¿Expul sarnospo coapo codeca sa acam biodefal saspro mesasde a bundan ciayfeli cidadque ja máscum plen? Estaes nu estratier ra. Habi tamosen el lades deha cemásde sie temila ñosy, noha cemuchoé ramosco mounafa mi liademás dedi ezmil per sonas. Estoes loquenos hanapor tadoes tosin vasos,

gar impeiros saque adores deo ro, dia mantesy made ra, adem ásdecon tagiar noslagri pe, lasífi lis, lasdepre siones, elvi cio, lacor rupción, lasepi demias, lasguer ras, elalco holismo yelham bre. Sehancon fabu ladopa rata laryque marnues trosbos ques, conel finde cre arpas tosyplan ta cionessin inte résal gunopa ramipu eblo.

Preten densal varnues traal maynos hab landeun di osto dopode roso. Igno rodequédi osnoshá blan. Nos otrosya pose emos variosdi oses. Tene moseldi ossol, quenos prote gedelfrí oyha ceque losárbo lesdenfru to. Ytam biénte nemosdio sas, comolal lu via, querie galos camposy losha cefér tiles. Yla tier ra, quenos a cogeynos ali menta. Ylas mon tañas, yelvien toyel mis teriode lasel va... Es tedi osdel cualnoshá blan node beser tanbue noypo de rosoco modi cen, tenien doencu entaque másbi enpa receque noloa men. Mete moquesu úni codio seseldi nero. Noti enenver güen za. Pornote ner, notie nenni respe topa raconsusmu ertos: losque mano losentier rany permi tenquese pu dranpo coapo coy quelosgu sanosor gani cenun fes tén. Porel contra rio, ela diósa nues trosse resqueri dos, paranos otrosessa grado: cerra mospuer tasyven tanas delaca sadelfa lleci doporque, duran teeldu elo, losfami liarsesse man tienenal margende lavidaso cialy nopue denni mirarel centrodel pobla do, quees dondese cele branto doslosac toscó muni tariosy ellu garenel cualse de positaen unase

pultu raprovi sional, en vueltoenes teras, ydia riamen
tese rie gansusres tospa raace lerarsudes compo sición.
Alca bodeu nostres me sesex traemossus hue sosy
trasdeco rarlos cui dadaosa mentelos volve mosaenter rar,
enes taoca siónen unatum badefini tiva. Dees tafor
matermi naeldue loy, acontinu aciónse des truyede finiti
vamen tela casaque eldifun tohabi tóenvi da. Has
taqueno llegaes temo mento, seesco geaun hom brepa
rarepre sen tarlo, elcualsea dornapro fusa mentecon
pluma jesy pin turaspa raaco ger, unavez reno vada, elal
madelfal lecido, quedees tafor masere incor poraal mun
dodelosvi vos. Surepre sentan teestáo bliga doaca
zarungran fel ino, cuyapi elen trega ráalospa rien
tesdeldi funtoen unacere monia enlaque parti cipanto
doslosmi em brosdelpo blado. Esteac tosig nificala
vengan zadeldi funtoso brelamuer te, porme diodea
quélque lore presen ta, a sí comola recre acióndelavi da,
lacu al, pu es, paralos boro ro, nosea cabanun cacon
lamu erte. Ylos «blancos» nosca lifi cande «salvajes»...

Hipó critas motor izados, dete nedlos *bull dozers*,
silenci adelrui dode vu estrassier ras mecá nicas,
quedefo restannu estrosbos quesy nonos permi tenoí rel
silenciode lano che. ¡Hu iddea quí, malvados!

Traducción

Soy un indio bororo y habito en el estado brasileño de Mato-Grosso. Hoy estoy aquí porque he sido invitado a asistir a una convención internacional de ayuda a las minorías aborígenes. No sé como irá todo porque me resulta muy difícil pensar y expresarme como estos «blancos» que nos visitan a mí y a mi comunidad cada vez con más frecuencia. No obstante, ellos no conocen ni una sola palabra de nuestra lengua –la lengua bororo– y, por consiguiente, aún son más ignorantes que nosotros, que además, también hemos aprendido a hablar bastante bien el portugués.

Y, pues, ¿qué viene a buscar esta gente que nos dice cosas que no tienen ni pies ni cabeza? Se presentan como seres civilizados y yo me pregunto qué entienden por civilización: ¿robarnos los árboles? ¿Despojar la tierra de sus bosques? ¿Expulsarnos poco a poco de casa a cambio de falsas promesas de abundancia y felicidad que jamás cumplen? Esta es nuestra tierra. Habitamos en ella desde hace más de siete mil años y, no hace mucho

éramos como una familia de más de diez mil miembros. Ahora, tras estar a punto de ser extinguidos, apenas quedan mil personas. Esto es lo que nos han aportado estos invasores, *garimpeiros* saqueadores de oro, diamantes y madera, además de contagiarnos la gripe, la sífilis, las depresiones, el vicio, la corrupción, las epidemias, las guerras, el alcoholismo y el hambre. Se han confabulado para talar y quemar nuestros bosques, con el fin de crear pastos y plantaciones sin interés alguno para mi pueblo.

Pretenden salvar nuestra alma y nos hablan de un dios todopoderoso. Ignoro de qué dios nos hablan. Nosotros ya poseemos varios dioses. Tenemos el dios sol, que nos protege del frío y hace que los árboles den fruto. Y también tenemos diosas, como la lluvia, que riega los campos y los hace fértiles. Y la tierra, que nos acoge y nos alimenta. Y las montañas, y el viento y el misterio de la selva... Este dios del cual nos hablan no debe ser tan bueno y poderoso como dicen, teniendo en cuenta que más bien parece que no lo amen. Me temo que su único dios es el dinero. No tienen vergüenza. Por no tener, no tienen ni respeto para con sus muertos: los queman o los entierran y permiten que se pudran poco a poco y que los gusanos organicen un festín. Por el contrario, el adiós a nuestros seres queridos, para nosotros es sagrado: cerramos puertas y ventanas de la

casa del fallecido porque, durante el duelo, los familiares se mantienen al margen de la vida social y no pueden ni mirar el centro del poblado, que es donde se celebran todos los actos comunitarios y el lugar en el cual se deposita en una sepultura provisional, envuelto en esteras, y diariamente se riegan sus restos para acelerar su descomposición. Al cabo de unos tres meses extraemos sus huesos y tras decorarlos y adornarlos cuidadosamente los volvemos a enterrar, en esta ocasión en una tumba definitiva. De esta forma termina el duelo y, a continuación se destruye definitivamente la casa que el difunto habitó en vida. Hasta que no llega este momento, se escoge a un hombre para representarlo, el cual se adorna profusamente con plumajes y pinturas para acoger, una vez renovada, el alma del fallecido, que de esta forma se reincorpora al mundo de los vivos. Su representante está obligado a cazar un gran felino, cuya piel entregará a los parientes del difunto en una ceremonia en la que participan todos los miembros del poblado. Este acto significa la venganza del difunto sobre la muerte, por medio de aquél que lo representa, así como la recreación de la vida, la cual, pues, para los bororo, no se acaba nunca con la muerte. Y los «blancos» nos califican de «salvajes»...

Hipócritas motorizados, detened los *bulldozers*, silenciad el ruido de vuestras sierras mecánicas, que

deforestan nuestros bosques y no nos permiten oír el silencio de la noche. ¡Huid de aquí, malvados!

El aborígen se ha quejado de la opresión y el abuso sin ninguna consideración a que está sometido su pueblo. ¡Qué difícil que es comprender los problemas cuando éstos tienen lugar tan lejos! Buena suerte, amigo indio; ojalá seas comprendido y atendido en tus reivindicaciones.

Tras la partida del aborígen, mi asiento ha quedado vacío, a la espera de un nuevo visitante, y es curioso porque, en este mismo momento, no noto ni el peso, ni el calor (ni el mal olor) de otro trasero. Sin embargo, percibo la presencia de alguien, a pesar de no ver a nadie. ¡Válgame Dios, ahora lo comprendo!: ¡se trata, ni más ni menos, que de una hormiga! ¿También piensan, las hormigas? Veámoslo.

LA HORMIGA

Estoy fatigada. Sumamente fatigada, y no puedo solicitar ninguna baja laboral. Llevo trabajando toda la vida sin descanso; sin días festivos, sin poder disfrutar de un fin de semana de distracción, ni vacaciones, ni jubilación. Trabajo sin contrato laboral ni horario establecido: no se me reconocen las numerosas horas extraordinarias que suelo hacer, ni puedo recorrer a sindicato alguno. A pesar de que la esclavitud no está legalizada, no se me ocurre qué diferencia puede existir comparada con la experiencia que vivo personalmente. Y todavía es peor si pensamos en nuestra especie hermana llamada «hormiga de campo», que acostumbra a atacar a otros hormigueros para robar pupas y larvas para criarlas y convertirlas en esclavas desde su nacimiento, obligándolas a trabajar toda la vida para el hormiguero ladrón.

Por si ello no fuese suficiente, ningún gigante de los que transitan por mi lado me respeta mínimamente. Puede pisarme sin inmutarse y sin darse cuenta de que al pisarme a mí, aplasta el resultado de más de

cuatrocientos millones de años de la evolución de este planeta.

¿Y qué puedo hacer yo, teniendo en cuenta mi pequeñez? (aunque quizá no lo sea tanto, de pequeña, ya que todo es relativo). Para empezar, carezco de nombre propio, si bien los estudiosos nos han bautizado –a mí, y a las más de doce mil especies hermanas que habitan en el mundo– con el nombre científico de *formicidae* y, aunque sea difícil de creer, comparto numerosas particularidades de mi existencia con la de los humanos. Por ejemplo, nosotras –las hormigas– podemos sobrevivir en cualquier lugar de la Tierra, excepto los polos norte y sur, porque no toleramos las temperaturas demasiado frías; más o menos como los habitantes de este mundo, los cuales, según tengo entendido, tampoco acostumbran a instalarse en lugares muy fríos.

Soy un insecto social: los miembros del mismo hogar nos relacionamos entre nosotras por medio de las antenas – nuestro órgano fundamental–, no solamente para comunicarnos, sino también para poder distinguir todo tipo de alimentos y reconocer cualquier objeto. Mi habitáculo y la sociedad en la cual vivo están perfectamente organizados. Yo soy una obrera, es decir, tengo la obligación, juntamente con mis colegas, de desplazarme diariamente alrededor de mi casa para

obtener no solo la propia manutención sino, también, para abastecer el almacén de provisiones que poseemos en previsión de cuando llegue el mal tiempo. Comemos prácticamente de todo lo que sea orgánico y, además de las obreras vulgares como yo misma, también existen las hormigas «soldado», las cuales son más forzudas que nosotras y poseen unas mandíbulas tan potentes que pueden llegar a levantar del suelo objetos hasta cien veces su propio peso. Estas hermanas mías todas son hembras –para que luego se hable de «sexo débil»– y montan guardia a la entrada del nido para trocear, con su colosal fuerza, los alimentos demasiado grandes que, de otro modo, no se podrían introducir en el hormiguero. También tienen encomendada la misión de defender nuestro hogar, ante el ataque de posibles depredadores, así como expulsar sin contemplaciones cualquier intrusa entrometida. Las obreras –pobres de nosotras– estamos totalmente indefensas, a pesar de que existen algunas especies que han conseguido desarrollar en la parte posterior del abdomen un aguijón que pueden utilizar tanto para defenderse como para atacar.

Nuestro sistema de reproducción supongo que debe ser difícil de comprender para los humanos, teniendo en cuenta que, tanto las obreras como las soldado somos asexuadas. Por consiguiente, no hemos de preocuparnos ni por las bodas ni por los divorcios, ni por los

aparejamientos más o menos duraderos. Únicamente los machos con sexo tienen alas y pueden fecundar a la reina, también con alas, de las cuales se desprenderá una vez fecundada, puesto que ya no necesitará ir a la búsqueda de ningún otro macho, y se dedicará exclusivamente a la puesta de huevos (uno cada dos o tres minutos y hasta mil doscientos al día, como máximo) durante todo su período fértil. Los machos, una vez llevado a cabo el acto de fecundación, inmediatamente pasan a mejor vida, lo cual tenemos perfectamente asumido y previsto, con una zona dedicada exclusivamente como cementerio. Otros espacios con un destino específico son el almacén de víveres y, el más importante de todos, el que está dedicado a incubar y cuidar los huevos que va poniendo la reina.

Llegados a este punto, no puedo evitar puntualizar que soy una hormiga creyente y practicante, que, aunque no haya sido bautizada ni vaya a misa, muy a menudo me pregunto si mi trabajo, mi esfuerzo, mi vida familiar y mi respeto hacia todo el mundo llega a Dios, y si mi insignificancia juega algún papel en la inmensidad del universo que ha creado. No me resulta sencillo, desde la pequeñez de mi existencia, creer que Dios se fija en mí. Del mismo modo, soy consciente que si pidiese una prueba de que Dios me escucha, mi fe tendría muy poco

valor. Y, aunque parezca increíble, también rezo: ruego a Dios por mi comunidad, por mi nido, por mis colegas y por mí misma y le encarezco al que sufre en este mundo. Pero no puedo evitar preguntarme si Dios me escucha. ¿Es posible que una vida tan insignificante como la mía Él la tenga en cuenta? No lo sé. Por otra parte, me resulta difícil creer que todo suceda por pura casualidad, y que Aquel que ha sido capaz de crear la infinitud del cielo y de la tierra haya dejado abandonada al azar la pequeñez de los seres como yo. Quiero creer que Dios está presente, incluso, en la forma de vida más ínfima. Pienso, sencillamente, que mi paso por este mundo habrá contribuido, aunque solo sea en una pequeñísima proporción, a mejorarlo: limpiamos la tierra de migajas, oxigenamos el terreno en el cual trabajamos, facilitando su cultivo, eliminamos insectos indeseables... No puedo imaginar, por poca cosa que yo sea, que Dios se haya olvidado de mí. Hay quién dice que los humanos lo son a partir del momento en que fueron conscientes que habían de morir. Pues, también yo sé con toda certeza, que de mí pronto no quedará casi nada, y que no tardaré en ser olvidada por todo el mundo. Solo perdurará aquello que haya hecho por los demás con mi trabajo y con mi estima. El resto está en manos de Dios.

Caramba, ¡sí que piensan las hormigas! Y quién podría imaginarse, las inquietudes que tienen y cómo se parecen a los humanos... Respecto al pensamiento de ésta, ha habido momentos en que parecía más el pensamiento de una persona que no el de un insecto.

Bien, la hormiga ya ha desaparecido de encima de mí y ahora aguardo a algún otro invitado que me sorprenda con sus reflexiones. Después de irse este insecto tan original, ya llevo un buen rato sola. Parece como si hoy nadie estuviese fatigado, porque la gente discurre ante mí ignorándome. La soledad puede ser muy insoportable y, en estos momentos, es mi única compañía. Quizás, para no aburrirnos, también podríamos escuchar que es lo que piensa la soledad. ¿Por qué no?

LA SOLEDAD

Yo soy la soledad y doy fe de que tanto en los primeros instantes de la vida de las personas, como en los postreros, mi presencia es absolutamente inevitable. Entre ambos, todo es posible. De todas formas, nunca antes había tenido tantos adeptos. Y desconozco si puedo estar muy satisfecha de ello. Más bien pienso que debería ser un motivo de tristeza para todo el mundo, teniendo en cuenta los pequeños, o –a veces– grandes dramas que vive la sociedad en general, dicen que por mi culpa. Pero yo en modo alguno me siento culpable, sino más bien creo que la culpa se halla en el vacío actual con el que viven los humanos.

Hasta hace poco yo era compañera inseparable de la vejez; resulta fácil instalarse junto a ella, cuando la única mirada atenta que se recibe es la propia reflejada en un espejo, porque ya hace tiempo que han desaparecido la mayoría de nombres que figuraban en la agenda, abundando cada vez más los espacios en blanco. Pienso que es realmente evidente mi presencia al lado de las personas mayores, y cada vez más, debido al ritmo

de vida progresivamente acelerado de las sucesivas generaciones. No hay nada más deprimente que la visita a una residencia de ancianos (unas más que otras, por supuesto), en las cuales apenas existe relación entre los residentes.

Pero no es este el colectivo –el de la gente mayor–, por otra parte tan merecedor de respeto y mejor suerte, lo que en este momento acude a mi mente, sino el extremo opuesto de la pirámide de población: me resulta extremadamente difícil comprender la frivolidad con que muchos jóvenes viven hoy su juventud. Me sorprende el hecho de que cada vez me acojan más con los brazos abiertos, tan alegre como inconscientemente. Y en caso de que se percaten de mi irrupción en su vida y entonces pretendan expulsarme, se equivocan del todo si piensan que el remedio consiste en participar en borracheras (el llamado botellón), con profusión de alcohol, tabaco, drogas y ruido mal calificado de música, o estar constantemente conectados al WhatsApp, al YouTube, al Facebook, al Twitter, o a cualquier otro sistema parecido y que, para no sentirse solos, estén continuamente pendientes de cada novedad tecnológica que aparezca en el mercado, sometidos sin respiro a unos avances que, si se utilizan con buen criterio son un medio excelente de comunicación, pero que si se usan –como acostumbra a ocurrir–

estúpidamente, para dar a conocer a las pretendidas amistades toda suerte de bobadas, implorando un «me gusta», entonces su utilización es totalmente perversa, porque crea una dependencia patológica, anulando progresivamente el contacto directo entre personas y se convierte en una forma encubierta de pérdida de tiempo y de disimular mi presencia. Es realmente sorprendente que en algunos países, haya jóvenes que se encierren en su habitación durante días y días, con la única compañía del sonido de sus auriculares, a los cuales están conectados como quien dice día y noche, o de las imágenes de las pantallas de todo tipo que les esconden la realidad, ignorando que nada es capaz de mejorar el diálogo interpersonal, porque, más allá de las palabras o los símbolos, la expresión, el gesto, el tono de la voz, la atención al interlocutor, son insustituibles, al formar parte de los trazos más representativos del ser humano. Por otra parte, ¿qué significado tiene, hoy, Dios, para esta juventud? Desconozco si estará a tiempo de reaccionar, percatándose del valor que tiene su vida interior, en lugar de buscarlo inútilmente en otra parte.

¿Quién podía imaginar, cuando en los siglos III y IV, los llamados Padres del desierto proliferaban en Egipto y que, por voluntad propia y libre elección, yo era su única compañía, además de la de Dios, haciendo realidad la promesa de Jesús cuando dijo: *No os dejaré*

huérfanos; volveré a estar con vosotros (Jn 14,18), es decir, no estaréis solos nunca más? Aquellos ascetas eran maestros espirituales, verdaderos santos que hacían de mí una virtud, purificando su vida con la ayuda de Dios y mi presencia, al desearme fervientemente. Actualmente –¿a qué puede deberse?– ya nadie me ama, y sin embargo, cada vez me siento más solicitada.

Adiós, soledad. Acaba de sentarse encima de mí una persona de raza africana; un «negro» podría decirse, si esto no fuese ofensivo para los negros (no he acabado nunca de entender, por qué el color de la piel puede tener carácter peyorativo), a pesar de que ellos no tienen problema alguno en llamar «blancos» a los blancos. Pero, en fin, yo no estoy aquí para hacer disquisiciones sobre razas, sino para escuchar qué es lo que piensa este hombre.

EL REFUGIADO

Si no fuese por el hecho de proceder del lugar del que procedo, me preguntaría qué es lo que hago aquí. Estoy sentado en una silla, al lado de una estación de tren, aguardando a alguien que ha de acompañarme a otra ciudad. A mí tanto me da estar aquí como en cualquier otro lugar, porque la añoranza que siento por mi familia y mi país, que he tenido que abandonar quién sabe si para siempre, será la misma.

Realmente estoy desilusionado y dolido. Pienso que me he jugado la vida inútilmente. Huyendo de la guerra, la miseria y el hambre, he atravesado un desierto en el cual vi morir de extenuación a más de un compañero de viaje. Después caí en manos de una mafia de traficantes que me recluyeron en una especie de prisión cercana al mar, en la cual vivíamos amontonadas otras personas como yo, sin poder salir a fin de evitar ser detenidos por la policía, y en donde comíamos, dormíamos y convivíamos en unas condiciones infrahumanas (tras haber pagado un precio desorbitado por un pasaje que para muchos sería al más allá), a la espera de poder

zarpar, aprovechando el buen tiempo y una bajada en la vigilancia policial. Una noche, sin previo aviso alguno, nos obligaron a levantarnos para subir en una lancha neumática. Había el doble de pasajeros de lo que permitía su capacidad. Al cabo de un día de navegación se agotó el combustible y estuvimos a la deriva sin saber donde estábamos ni adonde nos dirigíamos. Por fin, los que logramos sobrevivir, fuimos rescatados en alta mar y conducidos hasta aquí, la Europa soñada, que presume de ser la cuna de los derechos humanos y que, al igual que la rica América, fracasa estrepitosamente, por la miserable respuesta moral que ofrece a los pobres refugiados como yo, que caí en la trampa de creer en el mito consistente en que aquí sería acogido con los brazos abiertos y tendría la oportunidad de trabajar y vivir dignamente para, al cabo de un cierto tiempo, poder reunirme con mi familia. ¡Mentiras y más mentiras! Me he visto obligado a salir de mi país por la barbarie y el miedo en que se vive. Y aquí no me permiten entrar por la incomprensión y el egoísmo de la mayoría, que me atosiga con todo tipo de impedimentos burocráticos o me expulsa sin mediar ninguna explicación. Unos me han obligado a salir y otros no me permiten entrar. Yo solo aspiro a rehacer mi vida y ayudar a mi familia a rehacer la suya.

Por otra parte, ¿cómo es posible pedir nada a una sociedad que apenas es capaz de atender a su propia gente y tiene hombres, mujeres y niños malviviendo en la calle, con las mismas necesidades primarias que los que procedemos de tierras lejanas? No creo que la solución idónea se halle en manos privadas, sino en las del gobierno de cada uno de los países implicados. ¿Por qué razón los pueblos no eligen políticos que hagan propuestas realistas de acogida de inmigrantes y refugiados, y que posteriormente las cumplan? Comprendo perfectamente que no se pueda pedir a la gente que abra las puertas de su casa a desconocidos, quizá de higiene dudosa, de costumbres que pueden resultar incómodas o de raza o religión distintas. Pero yo soy creyente, y he leído en la Biblia de los cristianos: *Cuando un extranjero resida en vuestra tierra con vosotros, no lo oprimáis; deberá ser considerado como un nacido en el país y lo amarás como a ti mismo, porque también vosotros fuisteis extranjeros en el país de Egipto* (Lv 19,33-34). Entonces, ¿es que no existe un Dios igual para todos? ¿Es que quizás este Dios no ama igual, sea cual sea el origen y el color de las personas?

Ya tiene razón, ya, este hombre, cuando dice que unos le han obligado a salir y otros no le dejan entrar. No puede negarse la situación tan lamentable que están viviendo en todo el mundo los refugiados, obligados por las circunstancias de miseria y violencia, a abandonar su país de origen. En fin...

Pero acaba de sentarse otro hombre. Éste parece bastante satisfecho. ¡Ya era hora! Veamos, pues, qué es lo que piensa.

EL CHARLATÁN... ¿HONESTO?

Hoy ha sido un buen día. Como casi siempre, vaya. Ahora es mediodía y dentro de poco ya podré estar almorzando tranquilamente en casa y con toda la mercancía vendida o, mejor dicho, distribuida. Jamás hubiese pensado que, tras pasarme media vida estudiando y coleccionando títulos y certificados de cursos y cursillos, podría ganarme la vida del modo en que ya hace algún tiempo hago y que, según parece, sería tan útil a la sociedad. Una sociedad, la nuestra, que, en mi opinión, nunca había estado tan necesitada de afecto y estima. Y esto, precisamente, es lo que yo propongo. En pocas palabras: soy un charlatán, como aquellos que estaban tan de moda ya en la edad media y, sin ir tan lejos, en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, especialmente en los pueblos de este país.

Alabo sin reservas las propiedades del producto que ofrezco: «JOB, las pastillas de la paciencia». Un preparado absolutamente único en el mercado, mediante el cual es posible obtener niveles excepcionales de felicidad.

Pero, ¡atención!, porque yo no engaño a nadie. La relación con mis «clientes» va mucho más allá de una transacción puramente comercial, porque yo no vendo nada. Solo proclamo públicamente las extraordinarias propiedades de mi producto para aumentar la paciencia, y lo distribuyo entre las personas que se muestran interesadas en mejorar su calidad de vida. Se trata de un frasco conteniendo 31 pastillas de color blanco, del tamaño de un guisante, para tomar una al día en ayunas durante un mes, y lo único que pido es que las personas que constaten sus efectos positivos, me hagan una transferencia bancaria a la cuenta y del importe que figuran en el prospecto que acompaña al mencionado frasco, en concepto de aportación voluntaria, haciendo constar su dirección si están interesadas en recibir más frascos por si vuelven a necesitarlo en un futuro –lo cual es más bien improbable– o para obsequiar a familiares y amistades. Me gustaría dejar muy claras dos cosas: mi moderación respecto al importe de la aportación (algunos bancos incluso cobran más por la gestión de la transferencia) y que todos los ingresos los declaro a Hacienda abonando los correspondientes impuestos, de acuerdo con lo que establece la ley vigente. Por consiguiente, las pocas personas que no obtengan un buen resultado en mejorar sustancialmente su capacidad de tener paciencia, automáticamente quedan exentas de desembolsar ni un céntimo. Hasta el presente han

respondido positivamente un 87% de aquellos que han seguido el tratamiento. El 13% restante, o no han obtenido un buen resultado o, según quien, aunque haya quedado satisfecho, prefiere hacerse el distraído y no pagar. Da igual. La gente, en general, es más honrada de lo que a menudo pensamos.

Y ¿qué son, en realidad, estas «pastillas de la paciencia»? Pues un producto totalmente inocuo e inofensivo el cual ha sido examinado y analizado en numerosas ocasiones por organismos sanitarios y defensores del consumidor, sin que nunca se haya podido detectar ningún componente peligroso. Ni tampoco ninguna propiedad curativa. No han descubierto que posea actividad farmacológica alguna, es decir, que químicamente no sirve para nada, pero tampoco perjudica. Consiste, más o menos, en una pequeña gragea inofensiva de azúcar. Así, pues, ¿se trata de una tomadura de pelo? ¿De una práctica poco ética? De ninguna manera. Simplemente utilizo el efecto placebo para influir en el subconsciente de las personas, con el fin de provocarles un efecto beneficioso, de acuerdo con sus expectativas de resolver una situación problemática de impaciencia. Y, como que nuestra sociedad cada día es más impaciente, lo cual es causa de depresiones además de otras patologías, pues la gente se muestra ansiosa por obtener estas pastillas. Repito que

yo solo engaño al subconsciente de las personas, que es tan poderoso como ingenuo y, por lo tanto, fácil de sugestionar y convencer. En cuanto a cambios fisiológicos, si es que los hay –lo cual es muy inusual– son muy poco frecuentes y, en este caso, secundarios y positivos. Respecto a mi conciencia, por si hubiese alguna duda, no hago otra cosa que ser fiel al contenido de la carta de Santiago (5,7): *Por vuestra parte, hermanos, esperad con paciencia como espera el labrador el fruto precioso de la tierra, aguardando pacientemente que lleguen las lluvias de otoño y primavera.*

Y un detalle no poco importante: a cada uno de mis «clientes» que haya obtenido un buen resultado, le solicito que me envíe un mensaje explicando brevemente el proceso del éxito obtenido. Precisamente en estos momentos, mientras aguardo el tren que debo tomar, acuden a mi pensamiento algunos de los mensajes recibidos, como el del chofer profesional que me escribió dos semanas después de haber terminado de tomar las 31 pastillas, para comunicarme, entusiasmado, que las consideraba casi casi «milagrosas».

Esta persona, según me relató, era representante de una marca de galletas y su tarea consistía en distribuir la mercancía en diversos establecimientos de comestibles

situados en lugares geográficos distantes entre sí, lo cual le obligaba a circular muchas horas al día por las carreteras de la comarca. El pobre hombre tenía los nervios destrozados por el estrés que le producía tener que desplazarse con el tiempo limitado y toparse constantemente con retenciones de tráfico y atascos monumentales que le ponían el sistema nervioso a punto de explotar. Y, además, los días festivos, otra vez lo mismo, con toda la familia dentro del coche. Tras haber probado todo tipo de calmantes sin obtener resultado alguno –más bien le habían estropeado el estómago– y haber pasado una noche en una comisaría de policía, junto con otro chofer que había osado avanzar de forma arriesgada y con el cual terminó dándose de bofetadas, después de tomar las pastillas, aquel chofer irascible e impaciente me contó el gran cambio experimentado porque, si debía detenerse a causa de una retención de tráfico, sintonizaba la radio y canturriaba el tiempo que fuese necesario. Y si alguien pretendía adelantarle, pues, ¡buen viaje!

También recuerdo a alguien que me conmovió por la forma en que se expresaba: un aspirante a místico que cometió el error de apresurarse en la búsqueda del encuentro con Dios. Pensó que podía imponer un ritmo acelerado en aquel proceso de aproximación y lo único que conseguía era ir cada vez más lentamente, y me

relataba, metafóricamente, la forma en que pretendía hacer un ramo de flores y que cuando ya estaba a punto de conseguirlo, se le marchitaban entre las manos. Tras haber tomado las pastillas de la paciencia, su vida de plegaria se había transformado completamente. A partir de entonces, cuando oraba, era como si pasease por un jardín, con el aroma de las flores que tanto anhelaba cautivándole los sentidos y el corazón.

Otro caso bien curioso fue el de una pareja de gente ya mayor que después de más de cuarenta años de vida en común, consideraba que ya se lo tenían todo dicho e, inmersos en la rutina y el aburrimiento, habían caído en la trampa de la impaciencia cuando oían contar, recíprocamente, las mismas historias con idénticas palabras un día sí y otro también. La relación y la convivencia de aquella pareja se fue enrareciendo hasta el extremo de que, cuando uno empezaba a hablar, el otro ni le escuchaba o le interrumpía sistemáticamente. Hasta que, un día, el azar quiso que me conociesen y, aunque incrédulos al principio, tomaron mis pastillas, y entre esto y –también hay que decirlo– que cada vez su memoria flaqueaba más, era como si todo les resultase nuevo, recuperando así la paz perdida.

Igualmente acude a mi pensamiento el relato del joven acabado de licenciar que pretendía «comerse el mundo»

recién salido de la universidad. Las pastillas JOB –y la cruda realidad de la vida– le mostraron lo que no enseña ninguna escuela y que no figura como asignatura en ninguna carrera universitaria: la paciencia.

El licenciado, al cabo de algunos desengaños dentro del mundo laboral, despertó de su sueño y comprendió que todo precisa su tiempo y que el tiempo requiere paciencia. Ahora mismo, este joven está ampliando sus estudios cursando un máster por las tardes; y por las mañanas ha empezado a trabajar en un empleo con el cual no podría subsistir si no fuese porque aún vive con sus padres, pero que es afín a su especialidad. Por lo tanto, puede afirmar que actualmente está fortaleciendo la base de lo que ha estudiado y a lo que aspira a dedicarse, lo cual es muy importante por poco que se observe a nuestro alrededor. Y, por encima de todo, ha entendido que el dinero y el prestigio ya llegarán tarde o temprano si continua perseverando... con paciencia.

Y podría recordar muchos más casos de notificaciones de agradecimiento. Pero no soy un charlatán pesado y me parece que con este pequeño resumen de pensamientos que han acudido a mi memoria ya es suficiente para saborear el éxito de mi empresa. Además, acaban de anunciar el tren que estoy esperando.

Pues, buen viaje, charlatán. Y que tu originalidad vaya haciendo feliz a más gente. Pero atención: acaba de sentarse encima de mí una mujer. Ojalá también sea portadora de un pensamiento optimista.

UNA CONFERENCIA INQUIETANTE

No sé si he estado acertada asistiendo a esta conferencia. He venido en tren desde mi pueblo para poderla escuchar, y ahora regreso a casa otra vez en tren. El hecho es que mientras lo espero aquí, sentada en una silla al lado de la estación, no puedo evitar la inquietud que me produce pensar en lo que he oído. Es innegable que el tema era realmente interesante: trataba sobre biología y, en concreto, sobre el genoma humano. Mis conocimientos en este aspecto son muy elementales y reconozco que después de la conferencia tengo muchas más dudas que antes, y un montón de preguntas que bailan en mi cabeza.

El genoma, de acuerdo con mi modo sencillo de entenderlo, está formado por el conjunto de genes que, a su vez, es el material que configurará un nuevo organismo, transmitiendo información hereditaria de padres a hijos y de generación en generación. Por poner una analogía de fácil comprensión, me imagino que el genoma sería como un manual de instrucciones, y los genes, cada una de sus páginas, las cuales, actualmente,

ya se conoce la forma de modificarlas. Cuando el manual ya está completo, ya puede editarse: será el nacimiento de un nuevo ser (¡ay, si un biólogo accediese a mi pensamiento; seguro que se le pondrían los pelos de punta!).

Para poder «leer» todo el mapa del genoma humano –cada una de las páginas de este «manual»–, en 1990 se organizó una investigación internacional llamada *Proyecto Genoma Humano*, la cual empezó en los EUA y, después de implicarse diversos institutos, laboratorios y universidades de diferentes países, se consiguió completarlo definitivamente en marzo del 2003. A partir de aquel momento, se abrió la puerta a la manipulación de células enfermas –«párrafos» de las páginas del «manual»– con el fin de poder sanar enfermedades que, a día de hoy, aún son incurables, o bien para descubrir la tendencia patológica de las personas y, consiguientemente, llevar a cabo una labor preventiva personalizada.

El Consejo de Europa, en la reunión celebrada en Oviedo en abril de 1997, aprobó la *Convención sobre los Derechos del Hombre y la Biomedicina*, un tratado de bioética que garantiza el respeto y la dignidad del hombre contra el uso impropio de los avances en biología y medicina. De forma parecida, la asamblea

general de la UNESCO aprobó por unanimidad, en noviembre de 1997, la *Declaración Universal sobre el Genoma Humano y Derechos Humanos*, según la cual la información genética humana es una herencia común, «patrimonio de la humanidad». No obstante, aunque la perspectiva no deja de ser esperanzadora, también queda abierta la posibilidad de que profesionales sin escrúpulos, a cambio de dinero, se avengan a manipular genes para «fabricar» hijos a gusto de quien lo pague, y a pesar de que esto pueda parecer inverosímil, hoy día, teóricamente –solo teóricamente, por ahora–, ya es posible concebir hijos «a la carta», a base de elaborar un genoma humano sintético partiendo de cero. Así, pues, en un futuro no muy lejano, aunque sea difícil de imaginar, podrá verse una pareja cumplimentando un cuestionario en el cual figuren preguntas relativas al hijo deseado, tales como: ¿sexo?, ¿color de la piel?, ¿y de los ojos?, ¿y del pelo?, ¿altura?, ¿coeficiente intelectual?, ¿aficiones?, etc. Pero ¿qué ocurrirá con las facultades psicológicas, caracterológicas y morales? ¿Constarán preguntas relativas a la orientación profesional (ciencias, letras...)?, ¿o a la tendencia política (de derechas, de izquierdas, verde, monárquico, republicano, anarquista...)?, ¿o creencias (ateo, agnóstico, evangelista, católico, ortodoxo, musulmán, judío, budista, hinduista...)? ¿Se podrá solicitar tener un hijo «santo»?

Temo que, tal como acostumbra a ocurrir, la ley vaya a remolque de la ciencia, y que con la ética no sea suficiente para detener según qué experimentos. Me pregunto si, con estas prácticas, no existe el peligro de creernos pequeños dioses. Según he oído decir, sin ningún tipo de autorización previa de la comunidad científica, un genetista chino –He Jiankui– saltó a la fama mundial a finales del 2018 por haber modificado el genoma de unas niñas gemelas, para evitar que heredasen el sida que sufría uno de sus progenitores. Hasta el momento, el experimento ha tenido éxito. Ojalá que la modificación del genoma humano sea utilizada únicamente y siempre con finalidades terapéuticas. Sin embargo, en diciembre del 2019 este científico, juntamente con otros dos, fue condenado por el tribunal de Shenzhen a tres años de prisión y una multa de tres millones de yuanes (unos 385.000 euros). Según el veredicto, él y los dos colegas que colaboraron en el experimento «no estaban cualificados para trabajar como doctores y violaron conscientemente las reglas y los principios éticos del país al llevar a cabo dichas prácticas».

Lo que yo ignoraba es que actualmente, a través de la manipulación de su genoma, se está experimentando con animales a fin de «humanizar» sus órganos y así

poderlos trasplantar a las personas que lo necesiten. Parece ser que uno de los animales con más posibilidades de tener órganos trasplantables a un humano es el cerdo y que, incluso, ya se ha ensayado de trasplantar órganos de cerdo a determinados simios y que, de momento, el principal problema es el rechazo, pero que progresivamente se van obteniendo mejores resultados. ¿Dónde se detendrá dicha práctica? A este paso, ¿quién puede asegurarnos que alguna charcutería desaprensiva no va a dedicarse a elaborar salchichas de chimpancé, pongamos por caso? ¿Es que algún día vamos a ver cerdos andando sobre dos patas, fumando en pipa, leyendo el periódico o detrás del volante de un coche? O, en un futuro, ¿habrá deportistas capaces de realizar saltos de longitud de diez metros porque les habrán trasplantado órganos de canguro con el genoma modificado? ¿O nadadores que batirán todos los récords de velocidad dentro del agua porque poseerán genes de delfín?

Y si, a mí, algún día me han de trasplantar un órgano de cerda, ¿quién me garantiza que, el día menos pensado, mis piernas no van a transformarse en jamones?

Bien, ya anuncian mi tren: gracias a Dios ahora podré distraerme un poco mirando a través de la ventanilla...

Realmente, la imaginación de según quien es sorprendente.

Pero ya tenemos a otra persona que acaba de sentarse encima de mí. Se trata de un joven que no sabría cómo definir; de momento no le detecto ningún pensamiento y, en cambio, observo en él una actitud más bien de desconfianza, puesto que, desde el momento en que se ha sentado no cesa de mirar a todos lados, como si huyera de alguien o tuviese miedo de que lo estuvieran vigilando. Ahora ha sacado una cartera del bolsillo y parece que se dispone a mirar su interior. Y empieza a pensar.

EL (¿BUEN?) LADRONZUELO

Hoy sí que ha sido un mal día. He empezado a trabajar a primera hora de la mañana y solo he conseguido localizar a un cliente. No puede decirse que el esfuerzo haya sido muy productivo. Aunque esto nunca se sabe. Veamos, pues, si ha habido suerte y qué es lo que hay aquí dentro, ahora que, sentado en esta silla, nadie se imagina lo que pienso o lo que estoy haciendo con esta cartera que tengo entre las manos.

Una cartera, por cierto, bastante estropeada. Y no me extraña, porque su propietario no era un turista japonés o americano, sino más bien un modesto trabajador; más o menos como yo, vaya. Bien, un DNI medio roto de una persona que ya debe estar jubilada (mal asunto: si ha de subsistir con una pensión, no creo que nade en la abundancia); la fotografía arrugada de una señora con arrugas; unos vales para ir a almorzar a un comedor social (ay, ay...); una notificación del Juzgado comunicando un desahucio..., ¡y ni un triste billete de cinco euros! ¡He perdido el tiempo miserablemente! ¡Este pobre hombre aún es más desgraciado que yo! ¡Y

si la policía me hubiese sorprendido con las manos en la masa? Aunque, en realidad, tanto da, porque la ley me ampara: un hurto solo es un hurto y cuando me acompañan a la comisaría, por la misma puerta que entro, al cabo de un rato salgo. Y vuelta a empezar, que ya me conozco casi todas las comisarías de la comarca, y ellas me conocen a mí.

De todos modos, si algún servidor de la ley, por casualidad, me reprocha la actividad a la que me dedico, ¿qué sabe él de mi vida? ¿Qué oportunidades me ha ofrecido a mí la vida, tras nacer en un lugar inapropiado y en un momento equivocado? Hijo de un barrio marginal, de padres alcohólicos y separados, después de un estrepitoso fracaso escolar, ¿qué se esperaba de mí? Mi única alternativa, mi único recurso, fue juntarme con pequeños delincuentes, «camellos» de la droga y autores de robos insignificantes, hasta el día de hoy, en que me he independizado y me gano la vida yo solo.

Tiempo atrás estuve trabajando en equipo en el metro, pero últimamente la competencia ha crecido demasiado y cada vez es más difícil encontrar clientes que no estén escarmentados, por lo cual las técnicas de trabajo se han vuelto más agresivas, y esto a mí no me gusta. De manera que no hace mucho decidí trasladar mi actividad a un lugar menos estresante, como este en el cual estoy

actualmente. Aquí, realmente, se puede actuar con mucha más tranquilidad.

Pero, suponiendo que lo que yo hago sea un delito, yo solo delinco para subsistir, para llegar a fin de mes, como quien dice. No hago como según qué ladrones empedernidos que, camuflados detrás de una camisa blanca y una corbata son unos corruptos. Estos sí que delinquen de verdad, sin ningún tipo de escrúpulo ni miramiento hacia las personas a las cuales perjudican y, por añadidura, nunca tienen suficiente. En Dios, no creo, pero por lo que he oído decir, si existiese, seguro que antes me perdonaría a mí que no a esos otros.

Por otra parte, yo no soy como algunos colegas principiantes o aficionados que tiran la cartera a la primera alcantarilla que encuentran. Yo soy un buen profesional porque, una vez finalizado el trabajo, la deposito con toda la documentación en un buzón público, para que el servicio de correos pueda notificar el hallazgo a su propietario y así ahorrarle molestias. Incluso, en alguna ocasión he aprovechado el buzón de un Ayuntamiento, pero en ningún caso he perjudicado a nadie más allá de lo estrictamente necesario para llevar a cabo mi labor de una forma apropiada.

Bien, ahora que ya empieza a oscurecer, lo aprovecharé para ir hasta el Ayuntamiento que he visto cerca de aquí, para poder hacer la correspondiente devolución.

El joven se levanta, supongo que para llevar a cabo lo que él llama una «devolución» y..., ¿será posible lo que veo?! ¡¡Resulta que el ladronzuelo acaba de meter dos billetes de veinte euros dentro de la cartera!! Si no es porque lo he visto yo misma, no me lo creería de ninguna de las maneras. En fin, vamos a esperar a nuevos personajes que nos causen admiración o sorpresa a través de sus pensamientos.

Ahora mismo se aproxima un anciano de barba y cabellos blancos, con paso lento y aspecto muy fatigado. No es la primera vez que lo veo por aquí. Acostumbra a pasear por los alrededores de la estación hacia el atardecer, y creo que se trata de un juez, el cual, por la edad que aparenta, ya debe estar jubilado desde hace tiempo. Además, no hace mucho, oí a una persona que se dirigía a la estación, que lo saludaba diciendo: «Buenos días, señor juez». A lo mejor ha conocido «profesionalmente» al ladronzuelo que lo ha precedido.

*En caso de haber coincidido, ¿se habrían saludado?
¿Con afecto? ¿Se habrían ignorado recíprocamente?
Pero estemos atentos porque, por fin, este hombre hoy
se ha decidido a sentarse encima de mí. Veamos qué es
lo que piensa.*

EL JUEZ TEMEROSO

Gracias a Dios que puedo sentarme en esta silla. Cada día ando más lentamente y me fatigo más pronto. No hace mucho tiempo, aunque salía de casa cada día a la misma hora, cuando llegaba a la estación aún no había transcurrido ni media hora y, sin necesidad de descansar, regresaba tranquilamente a casa a cenar. Ahora tardo mucho más y debo descansar a medio camino para recobrar fuerzas.

Este paseo lo he hecho tantas veces que podría repetirlo con los ojos cerrados. ¡Cuántos recuerdos acuden a mi cabeza cuando paso por delante de los juzgados! ¡Cuántas horas vividas entre aquellas cuatro paredes, intentando impartir justicia! Y qué ingente cantidad de interrogantes se me plantean hoy, pensando si actué en todo momento con ecuanimidad. Honestamente creo que no. Y me pregunto si soy culpable de ello. Es terriblemente triste darme cuenta que pronto seré juzgado por Dios y que yo, en las sentencias que he dictado, a menudo he sido profundamente injusto. Si creyese en la reencarnación,

no querría de ninguna de las maneras volver a ser juez y verme obligado a repetir esta experiencia.

Me he visto obligado a aplicar leyes que yo no había promovido. He tenido que condenar a pobres desgraciados que, como quien dice, solo habían robado una gallina y, en cambio, he absuelto a verdaderos sátrapas y estafadores sin escrúpulos que viven en la más escandalosa impunidad, defendidos por hábiles abogados que hacen de su profesión un pecado. ¿Cuántas veces, ante las pruebas presentadas en un juicio, he creído firmemente que carecían de valor alguno, pero no he tenido más remedio que aceptarlas, o en las instancias superiores han anulado aquello que yo honradamente creía y sentenciaba? Es evidente que la legalidad no siempre es justa.

Por otra parte, ¿he sido siempre capaz de prescindir de mi ideología y convencimientos particulares en aspectos tales como la política, la economía, la cultura o la sociedad en general, y la repercusión de todo ello en mis sentimientos personales a la hora de dictar una sentencia? ¿He sido suficientemente valiente para ignorar la influencia del mundo mediático y de los juicios paralelos que los medios de comunicación se han apresurado a difundir sin ningún miramiento?

¡Cuántas injusticias debo haber cometido sin ser consciente de ello! ¿Cómo es posible que un mismo delito reciba sentencias dispares en función del juez encargado del caso?

Ahora que intuyo que para mí no tardará a pasar el último tren, me arrepiento profundamente de mis errores. Pero siento como una flecha clavada en mi corazón las palabras del Evangelio de Mateo: *Porque del mismo modo que juzguéis a los demás, os juzgará Dios a vosotros, y os medirá con la misma medida con que vosotros midáis a los demás* (Mt 7,2). ¿Cómo deberé presentarme ante el Señor? Ya solo me resta ponerme en sus manos y confiar en su misericordia.

El juez se levanta y se va. ¡Pobre! Después de haber juzgado a todo tipo de personas a lo largo de su vida, ahora presiente que será él el juzgado. Y se teme lo peor. Pero continuemos, que ya se acaba de sentar otra persona... Se trata del barrendero de la estación. No hace mucho que trabaja en el turno de día y a pesar de haber pasado varias veces la escoba por mi lado, nunca se me había sentado encima. Hoy lo hace por primera vez, aprovechando el pequeño descanso al cual

tiene derecho a media jornada para reposar unos minutos. Parece muy absorto en sus pensamientos. Veamos qué le preocupa.

EL BARRENDERO

Quién me lo iba a decir que a los cincuenta y cinco años, tal día como hoy estaría sentado en una silla al lado de una estación de tren, con una escoba entre las manos, trabajando de barrendero de los andenes. Yo, que tengo una licenciatura y dos másteres.

El caso es que la empresa en la que he trabajado más de veinte años ha cambiado de propietario y, por lo tanto, de director. Y su principal objetivo, así como el de su equipo de ejecutivos es –no podía ser de otra manera– hacer más rentable el negocio, es decir, aumentar los beneficios. Como era de esperar, y como acostumbra a suceder en estas circunstancias, quien ha sufrido las primeras consecuencias ha sido el personal, especialmente el más antiguo, porque es el que percibe los salarios más elevados: una pequeña indemnización tal como establece la ley, y a la calle. Me han tratado como a un pañuelo de papel de un solo uso.

¿Y qué tenía que hacer, yo, con cincuenta y cinco años –demasiado joven para jubilarme y demasiado viejo para encontrar un trabajo adecuado– estando casado y

siendo padre de familia? Después de haber sido literalmente barrido de la empresa en la que trabajaba –ironías del destino– no he tenido más remedio que aceptar la única oportunidad que se me ha presentado: ser el barrendero de una estación de tren, y con contrato eventual.

No es que crea que el oficio de barrendero no sea suficientemente digno; más bien al contrario. No obstante, creo que yo sería mucho más útil trabajando en lo que estoy capacitado, y con la suficiente experiencia para hacerlo bien.

Pero resulta que yo soy cristiano y ahora, además de un problema laboral y económico, se me ha presentado otro de espiritual, porque el modo en que ha procedido el *staff* de mi exempresa, a mi modo de ver, ha sido una acción hostil hacia mi persona y hacia otros compañeros como yo, que han sido despedidos sin ningún tipo de miramiento. Y no es que el negocio estuviese en números rojos y, consiguientemente, fuese necesario recortar gastos. Más bien al contrario. El negocio generaba substanciosos beneficios, pero aún les parecía poco. ¡Maldito sea el capitalismo salvaje que carece de entrañas y de escrúpulos! De todos modos esto tiene un nombre: esa gente es, digámoslo claro, enemiga de los trabajadores honrados como yo que, durante décadas, a

cambio de un salario más o menos justo, hemos aportado nuestro tiempo, nuestro esfuerzo y nuestros conocimientos para que los señores accionistas se aprovecharan de ello. Sin embargo, está escrito que los cristianos debemos amar a nuestros enemigos...

Al margen del Antiguo Testamento, que no acostumbro a leer porque me horroriza su lenguaje simbólico, épico y sangriento, el Nuevo Testamento es muy claro al respecto cuando Jesús habla de los enemigos: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen*. Así pues, ¿qué debo hacer si me cruzo por la calle, cara a cara, con el sujeto que me despidió o con alguno de sus ayudantes? ¿Saludarlos como si nada hubiera ocurrido? ¿Abrazarlos y darles un beso en cada mejilla? ¿Cómo es posible sentir ni que sea un poco de simpatía hacia esa gente?

Pero, volviendo al Nuevo Testamento, me pregunto si Jesús actuó por amor cuando *al llegar a Jerusalén y entrar en el recinto del Templo, se puso a expulsar a los que allí estaban vendiendo y comprando. Volcó las mesas de los cambistas de moneda y los puestos de los vendedores de palomas, y no permitía que nadie anduviera por el Templo llevando objetos de un lado a otro. Y los instruía increpándolos: ¿Acaso no dicen las Escrituras que mi casa ha de ser casa de oración para*

todas las naciones? Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.

¿Qué debía sentir, Jesús, cuando recriminaba a los maestros de la Ley y a los fariseos, haciéndoles reproches tales como: ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, guías de ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, que no os preocupáis de lo más importante de la ley, que es la justicia, la misericordia y la fe!? ¡Serpientes! ¡Hijos de víbora! ¿Cómo podréis escapar al castigo de la gehena?

Y, aún más: Pero a quien sea causa de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que lo arrojaran al fondo del mar con una piedra de molino atada al cuello.

No parece que el amor de Jesús –modelo a seguir especialmente para los cristianos– fuese incondicional, lo cual me inclina a plantearme algunas preguntas, sin que, por el momento, haya podido hallar una respuesta convincente:

- ° ¿Puede existir amor sin justicia?
- ° ¿Puede existir justicia sin amor?

- ¿Son compatibles el amor y la justicia?
- ¿Qué es más importante: el amor o la justicia?

Ojalá, si alguien llega a enterarse de lo que pienso, Dios le ilumine el entendimiento. Yo, pobre de mí, mientras barra los andenes, también trataré humildísimamente, de aproximarme a la verdad. Mientras tanto, creo que Jesús, ante según quién y según qué, antepuso el respeto al amor, precisamente acusando a los irrespetuosos del Templo; priorizó la verdad haciendo reproches a los maestros de la Ley y a los fariseos hipócritas, y no ahorro severidad en sus amenazas a los que provoquen el pecado de los pequeños.

El amor de Dios en Cristo Jesús es infinito, pero, ¿es incondicional? ¿Cómo es posible amar a quien no desea ser amado? *Humanamente*, no lo comprendo.

Y ahora, debo hacer el último barrido por hoy.

Pues, va a resultar que, gracias a mis poderes mágicos, todo aquel que lo desee también podrá

plantearse las mismas preguntas. E intentar responderlas con la mano en el corazón. Y aquí tenemos ya a la siguiente usuaria: una mujer joven, con un bebé en brazos al que, según parece, se dispone a darle el pecho (¿no debería estar ya en casa soñando con los angelitos esta criatura?). De todos modos, será interesante enterarse de lo que piensa esta joven madre. Pero, ¡atención, esta sí que es buena (hoy no gano para sorpresas), no es el pensamiento de la madre el que percibo sino el del bebé!

EL RECIÉN NACIDO

Que poco se imagina la gente que los recién nacidos somos plenamente conscientes de todo lo que nos rodea, pero, como que aún no hemos aprendido a hablar, y todavía menos a escribir, no podemos agradecer a nuestra madre ni el alimento que recibimos puntualmente de ella, ni sus caricias ni su ternura.

Los adultos no cesan de hacernos monadas, creyendo que no nos damos cuenta. Pero los recién nacidos, a pesar de parecer tan poca cosa, sabemos de donde venimos –porque, como que acabamos de llegar, lo recordamos todo con claridad–, cual es el sentido de la vida y qué sucederá cuando llegue el fin de los tiempos.

Estoy aquí por el gesto amoroso que Dios prodiga a los espíritus, creándolos de la nada para conducirlos hasta la eternidad. Aunque acabe de nacer, yo ya existía en el proyecto del Creador, incluso antes de la eclosión del universo. Desde entonces han transcurrido millones de años hasta el momento presente, en que por voluntad propia deseé encarnarme. Desconozco en qué momento

la carne y el espíritu se fundieron en el nuevo ser en que yo me he transformado, aunque, antes de nacer, yo ya era del todo consciente de mí mismo. También ignoro la razón del nacimiento de criaturas con defectos congénitos que las marcarán para toda la vida y que vivirán con dolor. Pero creo que, incluso esta realidad, aparentemente tan incomprensible, ha de tener una explicación –a esto se le llama fe– porque Dios lo rechaza, el sufrimiento humano.

A pesar de los pocos días transcurridos desde mi nacimiento, confieso que este mundo no me gusta absolutamente nada. Pero ahora me hallo en el salón de baile y debo bailar, aunque ello me parezca tan insensato. ¿Cómo es posible que haya tanta gente indiferente, que concede importancia a verdaderas estupideces e ignora los temas realmente trascendentes? ¿Qué han hecho los humanos que me han precedido, dejándome en heredad un mundo tan desastroso? ¿Cómo se entiende que en según qué lugares la atmósfera sea irrespirable debido a la contaminación? ¿Qué utilidad tienen estos campos con cultivos suicidas? ¿Quién es el responsable de todas estas aberraciones? ¿O quizás lo es todo el mundo –unos más, otros menos– por haber contribuido a crear esta situación tan deplorable? ¿Qué futuro le aguarda a mi generación y a

las que me sigan, si es que van a poder seguirme muchas más?

Pues, a la vista de todos estos disparates que he empezado a contemplar, ya intuyo qué he venido a hacer en este mundo: estoy aquí para contener mis quejas y a no criticar en exceso, y a esforzarme cuanto pueda para tratar de mejorar lo que he encontrado. He de ser como una pequeña lucecita en medio de la oscuridad. Me dispongo a recibir una lección de humildad, como el hijo pródigo antes de regresar al padre, que lo está esperando con los brazos abiertos. Será entonces cuando deberé tomar una decisión: morir definitivamente o cruzar la puerta de acceso a la Luz, integrándome en la gloria de Dios por toda la eternidad.

Pero el cielo o el infierno, el todo o la nada, ya habrá empezado en la tierra, en la medida que cada cual se sienta amado por Dios, aunque su plenitud no pueda obtenerse hasta el momento en que tenga lugar la consumación de los siglos. Cada vez que se experimenta una vivencia de amor, de paz o de amistad en este mundo, ya se está preparando el «sí» eterno que Dios pondrá a nuestro alcance. Si la experiencia terrenal ha sido un fracaso en lo referente al amor a Dios, a uno mismo y al prójimo, la persona estará más predispuesta a negarse a ser salvada para toda la eternidad. El

comportamiento de aquí es, ni más ni menos, el germen que el Padre, con su misericordia infinita, también tendrá en cuenta a la hora del juicio final.

Ahora, poco a poco, la claridad con que conozco y recuerdo todo esto, se irá apagando hasta olvidarlo completamente. Seré uno más entre todos. Que Dios me ayude...

¡Quién podía imaginarse la sabiduría de los recién nacidos! Vaya usted a saber lo que la vida le tiene reservado a este. ¡Que tenga suerte! Ahora, la mujer con el bebé ya ha subido al último tren de la jornada. Ya ha oscurecido. Mañana, Dios mediante, será otro día. Buenas noches.

EPÍLOGO

Al terminar este pequeño conjunto de pensamientos imaginarios, quizá podríamos preguntarnos si realmente solo son fruto de la fantasía. Ésta y muchas otras preguntas sería muy positivo que nos interpelasesen y nos hicieran reflexionar.

¿Comprendemos –o incluso compartimos– la angustia del marciano cuando contempla la destrucción a la que estamos sometiendo nuestro planeta; o la ira del indio bororo contra los que aniquilan los hogares y la vida de su pueblo? ¿Estamos libres de las dudas que asaltan a la hormiga, cuando teme que el Dios de la Creación no tenga en cuenta a alguien tan insignificante como ella? ¿Somos capaces de comprender la frustración de los inmigrantes cuando, tras jugarse la vida, comprueban el fracaso de su esfuerzo? ¿Cómo reaccionamos cuando, mientras estamos cenando tranquilamente en casa, las noticias del telediario nos informan del naufragio de una patera y la muerte de todos sus «pasajeros»? ¿Nos abstenemos de juzgar a delincuentes convictos, ignorando cual ha sido su historial delictivo y las circunstancias que les han afectado? ¿No nos inquieta el

conflicto laboral del barrendero, inmerso en el dilema de armonizar el amor y la justicia?

¿Estamos de acuerdo con el recién nacido, respecto al sentido de la vida en este mundo?

No cabe duda que los pensamientos de algunos de los personajes que se suceden a lo largo de este relato podrían ser perfectamente humanos. ¿Y cuál es nuestra respuesta personal ante sus inquietudes? ¿Tratamos de llevar a cabo alguna cosa, por pequeña que pueda parecer, a fin de mejorar nuestro entorno? ¿Realmente no podemos hacer nada? ¿De veras?

Ojalá, con la ayuda de Dios, seamos capaces de estar medianamente satisfechos cuando nos toque a nosotros el turno de subir al último tren.

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web www.imacxiom.com

Versión en catalán: www.andreumoixcami.cat

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)
- **El más allá, ese desconocido** (El gozo de la esperanza)
- **La caridad, esa desconocida** (Eclosión de amor)
- **La paz, esa desconocida** (¿Una utopía?)
- **La Virgen María, esa desconocida** (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
- **Dios en las pequeñas cosas** (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)
- **Cartas abiertas** (Pensamientos de un cristiano)

Continua 

- **El sufrimiento, ese desconocido** (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)
- **La plegaria, esa desconocida** (Sugerencias de actitud para orar mejor)
- **El ángel perplejo** (Observaciones a la luz del Evangelio)
- **El regreso del ángel** (41 Retazos de esperanza)
- **Ciencia y fe: ¿un divorcio inevitable, o un matrimonio bien avenido?**
- **Virus** (¿Y qué opina la Covid-19?)

